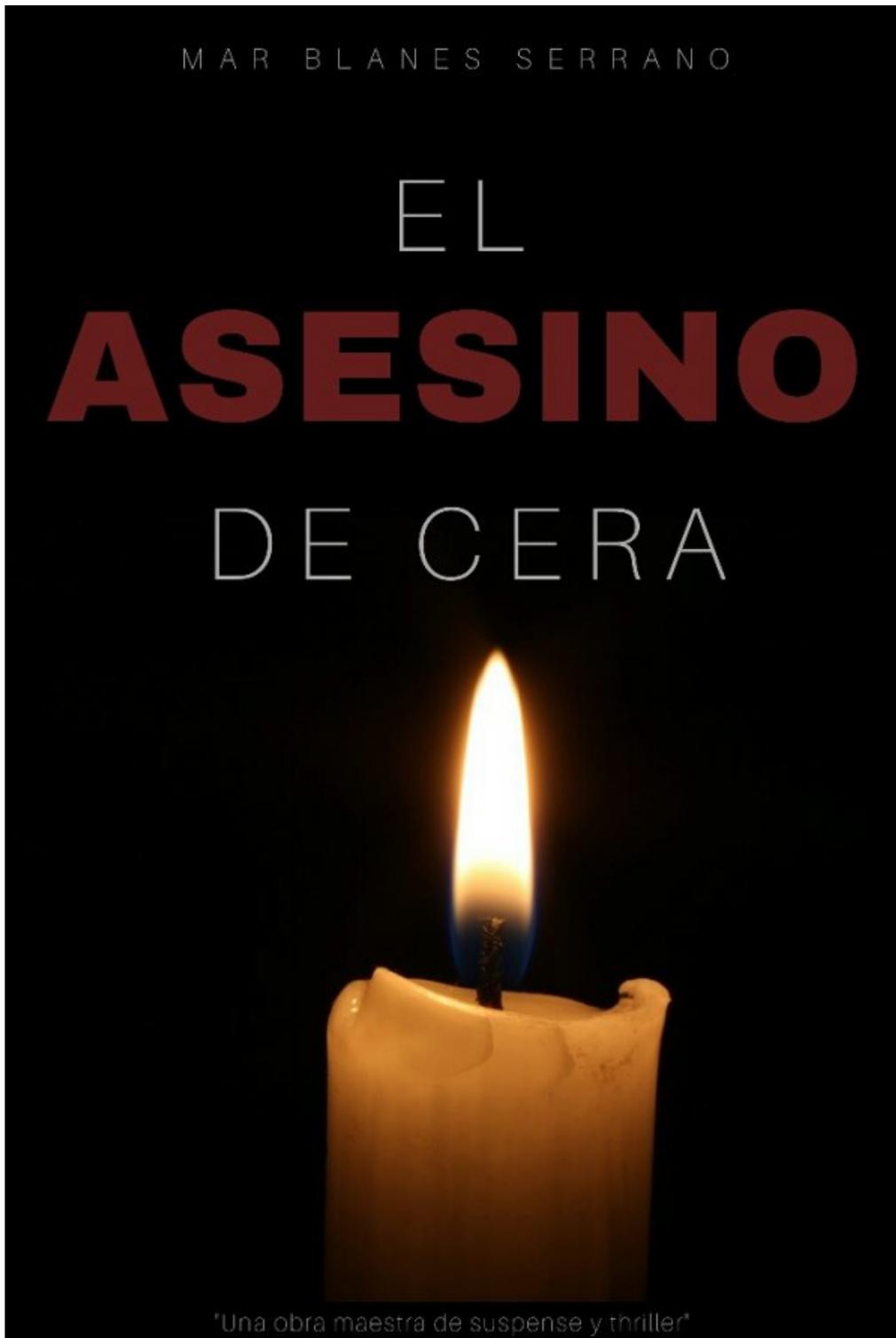


# El asesino de cera

Mar Blanes Serrano



# Capítulo 1

Libro 1: El asesino de cera

Saga Agente Evans

Autora: Mar Blanes Serrano

Prólogo:

—Joven, vaya a encender el cirio que se ha apagado, ahora mismo hay un alma sin el calor de su llama — pide el reverendo al joven monaguillo.

Muchos consideran la iglesia un lugar lúgubre, frío, oscuro... Pero él no lo ve así, para él es como un segundo hogar, un refugio al que correr a esconderse cuando algo se tuerce.

Observa con detenimiento al reverendo, atareado en sus quehaceres. El anciano, ataviado con sus ropas eclesiásticas, se ocupa de colocar las ilustraciones enmarcadas en madera de cedro recién lijadas, con meticulosidad.

Es un hombre tranquilo, amante del silencio y la quietud, jamás le ha oído alzar la voz, salvo para dar énfasis a sus sermones. Le admira tanto... Hay algo en su mirada que hace parecer que tiene todo bajo control y lo que más le apasiona, parece conocerse a sí mismo a la perfección. Su actitud para con los demás es cuanto menos desinteresada. Probablemente sea la persona menos egoísta que conoce.

Desde que murió su padre, él es su referente y observa atentamente todo lo que el reverendo hace.

El monaguillo, ataviado con la típica toga blanca y roja, va arrastrando los pies con la intención de no hacer el menor ruido. Quiere ser todo lo respetuoso que pueda en la casa de Dios. Presta mucha atención a los detalles puesto que cuanto mejor hace las tareas en la iglesia y más ensalza sus labores el reverendo, más contenta se muestra su madre con él.

De pequeño no había vivido la vida con una relación tan estrecha con Dios, pero desde que su padre les dejó, él y su madre no se limitaron a ir

tan sólo los domingos a misa, se implicaron en la vida religiosa, de hecho, su madre también participaba y ayudaba al reverendo Smith en infinidad de actividades organizadas por la iglesia.

Enciende la cerilla. Un ligero ruido le hace desviar la cabeza hacia la izquierda para averiguar qué ha sido aquello que ha perturbado el placentero silencio de su iglesia. Sacude la cabeza con fuerza. Han sido imaginaciones suyas.

Un olor repentino le alerta, huele como a... ¡Quemado! Su manga ha entrado en contacto, por accidente, con los cirios de la primera fila. Pronto el fuego recorre su brazo y las llamas se extienden con rapidez.

Los gritos desgarradores del monaguillo retumban por las paredes del antiguo edificio sagrado. Al principio son alaridos nerviosos, pero poco después su voz refleja puro sufrimiento.

El pobre niño, víctima del fuego, no deja de pensar, entre sus terribles dolores y sus intentos por detener el fuego que quema su piel:

*"¿Por qué a mí, señor? ¿Por qué a mí?"*

—¡Ayuda! —grita intentando arrancar la tela con su mano izquierda.

Está aterrado pues las paredes de piedra son gruesas y más allá de donde se encuentra él todo está oscuro. Ya no puede ver al reverendo cerca. ¿Acaso alguien podrá oírle? ¿Y si éste es su final?

El joven monaguillo se desmaya a causa del agudo dolor.

Los escandalosos gritos alertan al reverendo que acude con celeridad al lugar de donde proviene el escalofriante sonido. Observa horrorizado, el rostro desencajado por el dolor del joven y la escena de la que es protagonista su discípulo durante un par de segundos, antes de que sus músculos reaccionen.

—¡Ayuda! —grita el hombre de Dios mientras corre a por el extintor, ubicado tras el atril —¡Rafael! ¡Llama a una ambulancia! —grita mientras empieza a rezar en voz alta para salvar la vida del niño.

## Capítulo 2

### Capítulo 1

A altas horas de la madrugada, Verónica es incapaz de conciliar el sueño. Lo ha intentado sin descanso desde que ha terminado de cenar, pero ha sido misión imposible. No recuerda exactamente el momento en el que empezó a padecer insomnio ni tampoco el por qué. Estrés por demasiado trabajo, razonan algunos, demasiado nervio en una misma persona, comentan sus allegados. Lo cierto, es que siempre había dormido bien, hasta que empezó a no hacerlo.

Se levanta resignada, no le gusta nada tomar pastillas para dormir, pero es la única solución cuando se llega a casos tan extremos como el suyo. 3:30 am. Los ojos abiertos como platos y lo único que le llama la atención de la cama es el calor que desprenden sus sábanas.

Abre el botiquín, que se encuentra en el tercer estante del armario blanco del baño y saca el botecito, del mismo color. Al destapar el bote se da cuenta de que tan sólo le queda una pastilla.

—Mierda... —refunfuña antes de llevarse la pastilla a la boca.

Vuelve a la cama y se tapa totalmente, ni tan siquiera uno de sus rizados cabellos se escapa del calor del edredón.

—Vamos Verónica, tú puedes —se da ánimos con los ojos ya cerrados.

Poco a poco la pastilla va haciendo efecto y su alocada cabeza se va relajando. Finalmente, Verónica consigue dormir.

Es el mejor sueño que ha tenido en meses. La playa, su bebida favorita en forma de cóctel en su mano derecha, su ya de por sí bronceada piel tostándose al sol y el impresionante e inmenso mar frente a ella.

"Qué nunca se acabe" piensa adormilada.

Como si hubiera atraído al mal augurio con ese simple deseo, su teléfono móvil empieza a sonar en medio de la noche y eso, nunca es buena señal.

Se incorpora sobresaltada. Busca con la mano, a oscuras, el objeto que vibra y suena sin cesar. Sabe que está sobre la mesita, el ruido del plástico repiqueteando contra la madera no deja lugar a dudas.

Su mano, adormecida pero aún así ágil, sujeta el móvil justo antes de que

caiga por el borde de la mesilla de noche.

—¿Si? —contesta tajante.

—Tenemos un cuerpo —la voz de su jefe hace que abandone su malhumorada actitud. Con total seguridad no habría contestado así si hubiera sabido que era él. Normalmente no es él quién contacta directamente con Verónica.

—¿Dónde? —pregunta con voz más suave.

Su superior le da las indicaciones. Tras colgar, Verónica se deja caer sobre la cama.

Spencer Higgins tiene el puesto inmediatamente superior al de Verónica. Cosa que le recuerda constantemente. Es altanero y pedante. Verónica siempre ha dudado acerca de cómo consiguió el puesto, sus aptitudes son más que lamentables y como jefe... Se imagina a su superior frente a ella, serio, con ese bigote ridículo del que él está orgulloso y su barriguilla prominente, que intenta disimular con ahínco.

—Tan agradable como siempre —comenta irónica —ahora que había conseguido dormirme... En fin, de nada sirve lamentarse. Pastilla desperdiciada, treinta minutos de sueño y cantidad de trabajo por hacer. ¡Bonito día, Verónica!

Como si de una especie de zombie se tratara, Verónica se adecua con movimientos automáticos. Coge del armario su típica ropa de trabajo, cómoda y sencilla. Suéter de color básico ceñido que se adapta a la perfección a su trabajada figura, unos vaqueros oscuros con un buen cinturón para evitar estar pendiente de su pantalón y unas botas planas que le dio Maia la semana pasada. Su largo y rizado pelo castaño, recogido en una coleta, parece haber conseguido su curioso aspecto con una batidora.

De la mesilla de noche coge su placa y su arma. Tras ponerse la pistolera, se dirige a la entrada. Arranca del perchero con rapidez la chaqueta oficial del FBI y con la mano libre coge las llaves de su Toyota.

Sale disparada hacia el aparcamiento.

La dirección en el gps le indica el camino hacia una zona industrial hacia las afueras de Washington DC. Conduce todo lo rápido que puede y con las luces de emergencia conectadas. Cuanto antes llegue mejor para ella y para todos. No pueden llevarse nada sin que un agente de su permiso, en

este caso debe ser Verónica la que de el visto bueno tras haber inspeccionado la escena del crimen.

La zona es claramente visible mucho antes de llegar. Un conglomerado de personas con distintivos del FBI, maletas, guantes y otros instrumentos, además de coches de la agencia y cintas amarillas acordonando el perímetro, se distribuyen por el escenario.

Es un entorno un tanto siniestro. La mayoría de fábricas no tienen apenas luces encendidas, el gran foco iluminado apunta hacia un contenedor y el camino hasta llegar a la fábrica es solitario. Reúne las características para ser el escenario perfecto para un crimen.

Al bajar del coche una figura se acerca deprisa hacia Verónica. Maxwell Clark, su compañero.

—¡Bonita noche la de hoy! ¿Has mirado las estrellas? Refulgen como nunca —Max siempre tan animado.

—¡Por supuesto! No tengo nada mejor que hacer a las cuatro de la mañana que observar las estrellas.

—Borde.

—Burro.

Ambos se miran y sonríen.

—¿Qué tenemos? —pregunta Verónica adoptando su tono de trabajo. Uno estándar que parecen enseñar a todos los agentes del FBI en Quantico.

—Cadáver en el contenedor de deshechos de GlobalTextil, la empresa de aquí en frente.

—Ajá —digo. Le encanta resaltar lo evidente. Un rótulo iluminado, con el nombre de la empresa es claramente visible. Su luz azulada atenúa la oscuridad de la entrada a la fábrica.

—El olor es...

—¡Puaj! —exclama antes de que pueda terminar la frase.

Maxwell cubre su rostro con la mano. En estos instantes los únicos rasgos visibles en el compañero de Verónica son sus penetrantes y vivos ojos azules y su mata de pelo, esa barba espesa que tanto se cuida.

—Ya deberíais estar acostumbrados — la doctora Louis aprovecha entre la retahíla de comentarios científicos ininteligibles, para meterse con sus

compañeros favoritos.

—Nadie puede acostumbrarse a este olor, Maia —responde Verónica que en estos instantes cambiaría sin pensarlo su insomnio por tener una capacidad ínfima de sensibilidad nasal. Las dos afecciones son problemáticas, pero al menos la segunda tiene ciertas ventajas.

La doctora ríe ante las expresiones de sus amigos y compañeros de trabajo. Observa a su futuro marido, Maxwell Clark, apunto de echar hasta la primera papilla y a su mejor amiga, Verónica, blanca como la leche, que observa a un par de metros el contenedor.

—Menos mal que he venido preparada —nos tiende un par de mascarillas —están perfumadas, no es que cubran por completo el olor, pero lo hacen bastante más soportable mientras nuestros sentidos se acostumbran al penetrante hedor.

En cuanto ambos compañeros se colocan las mascarillas se acercan ya, esta vez sin miedo, al contenedor verde donde se encuentra el cuerpo.

—¿Conocemos la identidad de la víctima? —indaga el agente Clark.

La forense niega con la cabeza.

—Los técnicos han registrado los alrededores y los restos de la ropa. No han encontrado nada.

—Empezamos bien... —refunfuña Verónica.

Maia aclara su voz con la intención de llamar la atención a sus dos compañeros.

Señala el cadáver.

La visión es equiparable al olor en todos los sentidos. Y la explicación de la doctora Maia Louis no la hace mejor.

—Como podéis observar el hueso es parcialmente visible en varias zonas del cuerpo.

—¿Sabes la fecha y hora de la muerte? —pregunta Verónica sin poder contenerse, a pesar de que sabe que su amiga odia que la interrumpan cuando empieza con sus brillantes explicaciones.

—A eso iba, el que el cuerpo se encuentre en un contenedor, cerca de una fuente de calor proveniente de la fábrica, ha acelerado sobremanera el estado de descomposición y varios insectos, en especial las larvas, han afectado y avanzado también su estado. A pesar de esto, diría que lleva

muerto cuatro o cinco días —Maia señala varias partes hinchadas del cuerpo— la fase de abotargamiento está también avanzada.

—¿Qué hay de la causa de la muerte? —vuelve a preguntar la agente Evans para disgusto de su compañera forense.

—¿Podrías dejar de preguntar? —pregunta a su vez Maia. Tras las disculpas de Verónica, Maia sacude la cabeza brevemente y continúa con la esperanza de que su amiga no vuelva a interrumpirla —observad el brazo izquierdo.

—Tiene una quemadura —afirma el agente Clark.

—Exacto, tiene una quemadura grave en el brazo izquierdo, pero es post mortem, por lo que no esclarece la causa de la muerte. No he analizado profundamente el cuerpo, dados los tintes —señala tinturas fallidas que han ensuciado parte de los restos —la cantidad de telas e hilaturas, además de la dificultad para acceder al cuerpo. Pero por lo que parece a simple vista no hay muestras de forcejeo. Lo que puedo afirmar con total seguridad es que es un asesinato y que el asesino conocía a su víctima.

—¿Qué puedes decirnos de la víctima? —sigue indagando la Agente Evans.

Maia sonríe, es incorregible.

—Dada la anchura bicigomática del cráneo, se trata de un varón. —ante nuestro limitado conocimiento del análisis forense, Maia hace una aclaración— la distancia entre la cara exterior de los pómulos —en cuanto asentimos continúa —diría que su edad ronda los treinta años. Tras un análisis más exhaustivo en el laboratorio podré concretar la edad exacta —la doctora Louis busca con la mirada a su ayudante —pide que empaqueten cada prueba, huellas de vehículos, cualquier objeto que haya podido tocar el cuerpo y el contenedor por entero, lo quiero todo en el laboratorio a primera hora.

Maia es la directora del equipo de antropología forense del FBI, por lo que su palabra es tan respetada en su campo como lo sería la del presidente.

—Mi trabajo aquí ha terminado —dice sonriente.

—El nuestro acaba de empezar... —Verónica deja caer los hombros agotada.

—¿Nos vemos en el laboratorio, Clark? —pregunta la doctora mirando su prometido.

Maxwell le sonríe, sus miradas cambian en cuanto se miran, no importa lo que est e ocurriendo a su alrededor, siempre puedes percibir el amor que sienten el uno por el otro, casi como si fuera algo palpable.

—Por supuesto, futura señora Clark.

Se dan un beso corto antes de que Maia se aleje del escenario del crimen.

—Será extraño llamarte Clark cuando me apellide así —bromea un par de metros más lejos.

Maxwell entrecruza sus brazos y observa a su prometida. Max es un hombre alto, de cuerpo esbelto. Con los brazos en esa posición, parece todavía más alto de lo que ya es.

—Vamos, palillo —llama su atención Verónica —mu vete, tenemos que buscar testigos por la zona. No van a venir a buscarnos.

Se rasca la cabeza y frota su rostro con las manos antes de seguir de cerca a su compañera.

Resoplo fuertemente.

—Nada, no tenemos nada —Verónica frunce el ceño preocupada.

—Tranquil zate, llevamos con el caso cinco minutos.

—S , pero...  no es extraño? Ni marcas de las ruedas de un vehículo, ni huellas, ni testigos.

—Eso sí es verdad, parece que tenemos un hueso duro de roer. Lo que está claro es que no lo han matado aquí. Habrán trasladado el cuerpo. La cuestión es...  De dónde?

La agente Evans y el agente Clark charlan sobre el caso apoyados en el lateral del Toyota.

Los interrogatorios han ido francamente mal. El vigilante de la empresa estaba dormido, no ha visto ni oído nada, además las cámaras tampoco han captado ninguna escena relevante. El contenedor está en un ángulo muerto.

Las fábricas contiguas cierran a las diez y no tienen vigilancia.

La única casa familiar se encuentra a medio kilómetro y la dueña es una anciana, parcialmente sorda.

—¡Hey! Mira —señala Verónica —quizá haya visto algo.

Una mujer, entrada en años, cruza la calle arrastrando un carrito, acompañada por un perro callejero. Se abriga con una chaqueta cuyo tallaje es de hombre y que por ende, le queda grande. El pantalón, decolorado por el tiempo y el uso, también es demasiado grande para ella.

—¡Disculpe! —llama el agente Clark. La mujer se detiene y observa a su alrededor en busca de la voz. Los agentes se acercan a paso rápido.

—FBI —informa Verónica —¿ha estado por aquí esta noche, señora?

—Siempre estoy por aquí —responde.

—¿Cuál es su nombre? —pregunta Maxwell.

—Hanna, Hanna Collete. ¿He hecho algo malo?

—No Hanna, no ha hecho nada. Verá, algo terrible ha ocurrido aquí esta noche y nos gustaría saber si ha visto u oído alguna cosa.

—Emm... —su mirada cambia de pronto —no sé... Quizá...

Los dos agentes entienden al instante lo que insinúa con sus dudas la señora Collete.

—¿Le parecería bien ser nuestra informante por una noche? —pregunta el agente Clark enseñando un billete de cincuenta.

—Siempre es un placer ayudar —su sonrisa es algo perturbadora, la falta de dientes es preocupante.

La agente Evans pone los ojos en blanco.

—¿Qué vio señora? —insiste la agente Evans. Empieza a dudar acerca de si Hanna Collete a podido ver algo o a ganado los cincuenta dólares más fáciles de su vida.

—Un sedán, un sedán negro. Aparcó en la acera, no entró el vehículo hasta el contenedor, aunque ya ven que hay sitio de sobra. Sacó algo de su maletero, pero seguí mi camino. Nunca tiran nada interesante en ese

contenedor.

—¿Ha visto a la persona que bajó algo del coche?

—No le he visto la cara si eso es lo que pregunta agente.

Maxwell se rasca la cabeza con frustración.

—¿El tamaño de aquello que ha sacado del coche?

—Grande y pesado. Le estaba costando sacarlo. ¿Puedo irme? Quiero ir a darle la cena a Pongo. —explica señalando al perro.

—Sí, señora Collete. Si necesitamos más información pasaremos por aquí.

—De acuerdo agentes.

—Deberíamos ir a la morgue. A ver si Maia a averiguado algo.

—Ojalá sea así, porque... Por ahora nos va bastante mal—responde Verónica mientras abre la puerta del vehículo híbrido.

—No ha servido de mucho el testimonio de la señora.

—No, no demasiado, sedán negro sin marca, es como buscar una aguja en un pajar. Y en cuanto a lo que vio... Si es que lo vio, lo único que podemos concretar es que es un hombre. Buscamos a un hombre.

—No creo que haya mentido, su descripción sobre el esfuerzo y el lugar donde aparcó... Eso explica por qué no hay huellas de neumáticos —reflexiona la agente Evans —además, si vino en coche podría venir de cualquier lugar de la ciudad.

—Empecemos por la visita al laboratorio y después, contactaremos con los técnicos. A ver si pueden rastrear un sedán negro.

—Lo dudo... De todos modos, ir ahora al laboratorio sería una pérdida de tiempo, se necesita tiempo para hacer los análisis y las pruebas pertinentes. Además, he dormido treinta minutos y no es modo de empezar una investigación, en cuanto Maia empieza a hablar estoy segura de que me dormiré.

—¿Entonces? —pregunta Maxwell confundido.

—Ve a contactar con los analistas y que investiguen lo del sedán, puede que sea un callejón sin salida, pero hay que comprobarlo de todos modos. Y supervisa el etiquetado de pruebas y su llegada al laboratorio. Yo iré a

las seis de la tarde y me pondré al día.

—Te espero allí a las seis. Haz el favor de dormir de una vez. No podemos dejar que afecte a la investigación.

—Lo sé, lo sé, no seas pesado. Hasta dentro de unas horas, pepito grillo.

—¡Aghs! ¡Eres insufrible! —refunfuña malhumorado.